

senciar la caída de sus verdugos. Y veremos que para realizar en la historia la idea cristiana, no vino un pueblo instruido, viejo ya en su civilización, sino un pueblo que, con el corazón virgen, difunde torrentes de luz y libertad por toda la Europa, é imprime una nueva marcha á la civilización: el pueblo godo, que al colocar la losa sobre el sepulcro del mundo antiguo, fué el vaso sagrado en que se depositó la fé del cristianismo.

Y lo mismo ha sucedido en el terreno de la ciencia.

Si los hombres de génio hubiesen sucumbido á las invectivas de que han sido objeto: sino hubiesen sido superiores á las persecuciones y tormentos con que el fanatismo y el interés de sus contemporáneos premiaban sus desvelos, nuestro siglo no se envanecería, como justamente se envanece, de los elementos que hoy son el cimiento de su prosperidad y progreso. Pero la fé, que es superior á todo, ha hecho del sol un pintor y ha conseguido someter á su dirección el rayo, que antes solo era un elemento destructor.

Por esta razón, la juventud no debe desmayar por nada; la juventud es la edad de las nobles pasiones, y el temor daría origen al egoísmo, vicio que á nuestra edad no debe existir.

Y la juventud no desmaya. Así digimos al principiar nuestro artículo, que nuestro objeto era demostrar la satisfacción que experimentamos al ver que el *espíritu de asociación* tiende sus alas por todas partes.

Tiempo era de que la juventud comprendiese que tiene una misión que cumplir y que esta misión no está reducida á pueriles ocupaciones. Por larga que sea la vida de un hombre, es muy corta para que llegue á hacerse sabio: debemos, pues, aprovechar el tiempo, que es nuestro más precioso tesoro.

El hombre, constituido en sociedad, se debe á sus semejantes, que tienen derecho á exigir de él, que contribuya según sus facultades á la felicidad común: el que, faltando á su deber, niega este derecho, niega la sociabilidad que es su naturaleza y consagra el mal llamado *estado natural*, que es inconcebible y que si fuese posible realizar, traería en pos de sí la desorganización de la vida armónica de los pueblos, animados de un mismo pensamiento, como inspirado de un mismo Dios.

Asociémonos, pues, y sino poseemos una ciencia sólida, el entusiasmo de la juventud y la fuerza de la razón, sean nuestras armas. Uniendo nuestras fuerzas intelectuales, opondremos una tenaz resistencia á la ignorancia y á la mala fé. Muchas veces ahogarán nuestros ecos, las carcajadas de desprecio de nuestros enemigos; pero sigamos adelante, recordando en nuestra peque-

ñez aquel tan célebre verso latino: «*Gutta cavat lapidem, non vi; sed sepe cadendo.*»

Marchemos adelante; pero siempre unidos; que la asociación es el medio de llegar á un fin, por difícil que parezca.

El día que el *espíritu de asociación* que hoy anima á todos, tome forma real en las diversas manifestaciones de la vida, terminarán las luchas entre hermanos y el dominio de la paz será más estable; porque no abandonado nadie á sus propias fuerzas, sino escudado con las de los demás, á quienes ayudará á su vez, no temerá la violencia del fuerte, ni el capricho del poderoso.

Téngase presente que la sociedad política no llena ni puede llenar todas las exigencias de nuestra vida social; sino que, establecida en principios fundamentales, deja al interés privado la realización de sus consecuencias. Y como de la felicidad de los particulares resulta inmediatamente la felicidad general, he aquí porque el *espíritu de asociación* debe predicarse sin cesar. Cuanto más se multiplicasen las asociaciones, la administración sería más fácil, pues contribuyendo todos y cada uno al bienestar común, como resultado del propio bienestar, no sería tan penoso el celo de los gobernantes; celo que por otra parte no puede obtener los resultados apetecidos, si los gobernados permanecen en la inercia.

Siendo la *virtud* una *disposición habitual de contribuir á la felicidad constante de aquellos con quienes vivimos en sociedad*, resultará, que cuanto más se estrechen los lazos sociales con ese fin, tanto más virtuoso será el hombre. Y si tenemos presente que, como dice Cicerón: *la virtud es la perfección de la naturaleza*, y no olvidamos que la sociabilidad constituye la naturaleza del hombre, deduciremos también, que será más virtuoso cuanto más la perfeccione y que el día en que, llevada á su extrema perfectibilidad, el hombre vea en cada hombre un hermano, el grado de virtud estará en armonía con el grado de sociabilidad.

Y proponiéndose como se proponen los asociados, ser felices; deben, para conseguirlo, fomentar el *espíritu de asociación*; porque la verdadera felicidad consiste en la virtud, y la virtud nace de la asociación.

Y siendo obligación de los gobernantes hacer felices á los gobernados, deben fomentar el *espíritu de asociación*; porque por la asociación los hacen virtuosos y haciéndolos virtuosos los hacen felices, que es el sagrado fin que se proponen.

Por eso nosotros deseamos que el *espíritu de asociación*, que existe en todos los corazones, se realice en la esfera del derecho para el cumplimiento de todos los fines de la actividad humana;